

EL ÚLTIMO TERCIO

Las cosas que se le censuran á «Gallito».—Dónde han de hacerse las suertes.—«Eso de las españas»...—La cara y las piernas.—Apagao.—Lo que llama «Bombita» cargar la suerte.—Toreo de piernas y toreo de brazos.—Una lección de «Guerrita».—El secreto para torear.—La muleta.—La suerte de matar.—El descabello.—«Bombita» dice que sí, «Gallito» dice que no.—Una frase contundente.—¡Niño, llégate á la enfermería!

—Aquí le espero á usted.

—¿Usted solo?

—Matando, amigo mío, es donde se le discute á usted más; se le censuran muchas cosas: su falta de decisión al herir, su desigualdad en las faenas, su afán de torear en los tercios y sus huidas. Sobre todo sus huidas. En un libro de verdades y de sinceridad, como éste, hay que decirlo todo y explicarlo todo; lo favorable y lo adverso.

—Todo se dirá como es.

—Pues venga de ahí. Empecemos por el principio. Se le ha censurado á usted mucho por torear en los tercios, y cuando, como en aquel toro colorado de Olea, tan hermosamente trasteado por usted

aquí en Madrid, á principios de esta temporada de 1910, no ha habido otro pero que poner á la faena torera, se le ha señalado esta tacha.

—Muy mal puesta, señor. El sitio de practicar todas las suertes es los tercios. Para torear de capa debe colocarse el torero en los tercios; para picar, en los tercios; para banderillear, en los tercios, y en los tercios para muletear y matar. Por excepción, se debe torear en los medios ó en las tablas á los toros que allí se emplacen ó acojan y no quieran salir, y únicamente á éstos. Fuera de tales casos, debe el torero torear siempre en los tercios, que es, vuelvo á repetirlo, el lugar donde han de ejecutarse todas las suertes.

—Suficientemente explicado. Vamos ahora con las huidas.

—Verá usted. Eso de las *espantás* es *mico*. Las cosas por su nombre. *Mico*. ¿Me quiere usted más sincero? Cuando se pierde la cara á los toros, ya sabe uno á donde va á ir, y como yo no quiero que me manden al tendido sin billete... En la suerte de matar, yo pierdo muchas veces la cara á los toros, porque es la suerte que menos hecha tengo, la que me cuesta más trabajo, y como no quiero volar, antes que hacer de pájaro á la fuerza, me meto en el callejón... Si algún día logro dominar esta suerte, verá usted cómo se acabaron las *espantás*... Pero es la que más dificultad me ofrece, por mi corta estatura... Y luego que yo no tengo cartel de matador de toros. Crea usted que todo es eso. Otros toreros, como no le pierden la cara á los toros, se pueden quedar; pero yo, no, y como no soy ningún lila y sé lo que me va á pasar si me quedo allí esperando la convidá...

—Bueno; eso es malando. ¿Y al pasar de muleta?

—Muleteando, pocas veces me sucede. Unicamen-

te cuando un toro me achucha y no me deja repormerme, como no tengo piernas...

Aquí tercián unos amigos del *Gallo*.

—Ponga usted que el mismo torero de las *espantás*, inmediatamente después de una de ellas vuelve al toro y se arrima como el que más. De manera que...

—Consignado, y adelante.

—¿Qué más quisiera uno—sigue diciendo *Gallito*—que estar bien todas las tardes? Pero torero que torea mucho, tiene que estar bien y mal.

—A ti lo que te sucede—interviene otro amigo de Rafael—es que te descorazonas en cuanto aplauden al que va delante y crees que ya no quedan palmas para ti.

—No, señor. A mí el único que me descorazona es el toro. Me sale uno que hace cosas que no me gustan, y como no me embista como yo quiera, estoy mal, me desconfío, huyo y hago cosas feas. Del vértigo que me da cuando, después de una ovación á otro, me sale un toro como yo no quiero, me apago. Pero, ¿soy yo el único que tiene tardes malas?

\*  
\*\*

Quando esta interviú se celebra, *Gallito* no ha leído el libro de *Bombita*. Yo le explico la nueva teoría de este torero sobre lo que él llama cargar la suerte para justificar su esparrancamiento al torear de muleta. No hay en esto el menor afán de pedir censuras, sino el deseo de contrastar opiniones, poniendo teorías frente á teorías.

—Yo toreo con los brazos—dice Rafael—, porque no puedo valerme de las piernas. Pero, aunque pudiera, seguiría toreado lo mismo, porque en el toreo no son los pies los toreros, sino los brazos.

Torear es parar y cargar la suerte *naturalmente sin violencia del cuerpo*, teniendo separados los pies ó abiertas las piernas, naturalmente también, y en lo que exige la necesaria base de sustentación, lo cual no es lo mismo que torear despatarrado.

También se puede torear con los pies juntos. Así doy yo ese pase ayudado que han bautizado con el nombre de «pase de la muerte»; pero la posición natural de las piernas para torear es... la natural. Será una perogrullada, pero es la manera más clara de decirlo. Cargar la suerte no es abrir desmesuradamente el compás y esparrancarse todo lo que permite el tamaño de las piernas. Eso es escurrir el bulto.

En el toreo, lo principal es la colocación. A mí no se me olvida la lección que me dió *Guerrita* en su club la noche de un día que toreé en Córdoba muy atropellado á un toro bravo de los Castellones.

—Has estado mal—me dijo—, porque no te has colocado. El secreto para torear es ese: la colocación. Tu padre me dió á mí la mejor lección de todas enseñándome á colocarme.

—Y yo—vuelve á hablar *Gallito*—procuro no olvidarme de esta enseñanza paterna que vino á mí por conducto del más grande torero moderno.

En cuanto al toreo de muleta digo lo que del capote. Es cosa de inspiración. A veces, cuando sale un toro bueno, parece como que se emborracha uno toreado y no tiene prisa por concluir. Yo recuerdo aquella tarde que *Guerrita* tropezó con un hermoso toro y no acababa de decidirse á entrarle.

—Me da lástima matarlo—dijo á los que estaban cerca—. ¡Está tan bueno!... Voy á darle tres ó cuatro pases más antes de despacharlo...

Pues alguna vez nos pasa lo mismo á todos

—¿Con este toro de ahora también?

—¡No! Con este, no. Acabemos ó recurro al galletazo.

—Aún queda tela. Paciencia. ¡A matar!

—El matar es un acto de decisión.

—Sí. Muchos son los llamados y pocos los decididos.

—Yo voy encontrando poco á poco la muerte de los toros. Si algún día la encuentro toda, soy feliz...

Ahora refiero yo á *Gallito* el juicio de *Bombita* sobre el descabello, sobre los riesgos de este recurso, en los cuales parece fundamentar Ricardo su elevación á la categoría de suerte ejecutable á voluntad.

—¡Hombre, riesgo...! Desde que echan el cerrojo, así que hacemos el paseo, todo es riesgo durante la corrida. El descabello es sólo un recurso á emplear con los toros que no se dejan meter el brazo, ó los muertos que no se echan. No siendo en estos casos, no es lícito descabellar. Más vale *jui* y tirarse por la barrera de cabeza, que estar descabellando y descabellando... «¿Eres matadón ó descabelladón? Cuando un toro está vivo, sá menesté matá.»

¿Eh? ¡Qué frasecita! Napoleón... en la Bombilla.

—¿Usted cree—continúa Rafael—que el público no agradece el que se entre á matar? Yo he visto, y todos hemos visto á algún torero pinchar cuatro ó cinco veces y llevarse otras tantas ovaciones. Al toro que está en orden de lidia se le debe entrar á matar... Y ande usted ya, y deje que vengan las mulillas.

—¡Quiá, mi amigo! Usted se está quieto en la plaza, que no se ha concluido la corrida y todavía nos queda un toro por lidiar.

—¿De mucho poder?

—Regular. Tiene usted que hacer ahora de crítico. ¿Qué juicio le merecen á usted los toreros de primera fila?

—¿Qué quiere usted hacer conmigo?

—Los toreros se ven con los toros difíciles.

—Pues vaya por usía y por la compañía, y que nadie se ofenda, que á nadie quiero ofender. ¡Niño! Llégate á la enfermería y di que preparen el árnica, que allá voy yo en seguida que acabe esta faena.

## LOS OTROS Y LOS TOROS

«Lagartijo» y Fernando el «Gallo».—El más completo, «Guerrita».—Su educación.—El clasicismo en el toreo.—Antonio Montes, torero clásico de capa. Descansen en paz los muertos.—Mazzantini.—El «Algabeño».—La manera de «Machaco» y el estilo de Vicente.—El toreo de Pastor.—El arte de Fuentes.—La sabiduría de «Quinito».—La muleta de «Bombita».—La seguridad de «Cocherito».—El toreo de «Bienvenida».—¿Y eso del número uno?—Los toros.—La superstición y el pelo.—Hay que torearlo todo.

—Yo no he alcanzado á los dos grandes toreros clásicos, *Lagartijo* y mi padre. A éste sólo le he visto torear dos veces, en sus postrimerías, una en Játiba y otra en Valverde del Camino. A *Lagartijo* no he tenido la fortuna de alcanzarle; pero sé de los dos por estas palabras que me dijo *Guerrita* en Córdoba cierta vez, contestando á preguntas mías:

—A tu padre le he visto torear más toros bien; pero yo no sé qué tenía *Lagartijo* cuando estaba bueno, que nos borraba á todos.

Y mi padre, una vez que le pregunté «¿Cuál es el torero más grande que ha habido?», me contestó:

—*Lagartijo*.

Yo he admirado mucho la valentía del *Espartero*, á quien vi torear de niño, y la de *Reverte*; pero mi torero es siempre *Guerrita*. Ha sido el torero más completo, el mejor educado, porque se educó entre los dos colosos: *Lagartijo* y mi padre. Yo le he oído contar á éste que *Guerrita* tenía un ansia muy grande de aprender y que siempre aprovechaba las lecciones que le daba.

En una ocasión, á poco de ingresar *Guerrita* en la cuadrilla de mi padre, estando jugando éste al rentoy con *Lagartijo*, que acababa de tomar de banderillero al *Torerito*, le dijo Rafael Molina:

—Ese muchacho que te has traído no es capaz de matar... ni á mí en calzoncillos blancos.

—Yo no te digo á ti si va á matar ó no—le respondió mi padre—. Lo que sí te aseguro es que es tela que se deja tejer y escucha todo lo que le dicen.

Y era verdad; mi padre le chillaba mucho; pero él le oía atentamente y muchas veces le tiraba de la lengua.

—Todavía—le he oído en varias ocasiones á Rafael—tengo en los oídos los chillos de tu padre; pero, anda, que bien me han servido.

Aunque *Guerrita* no era clásico, su educación fue clásica. El conjunto de *Guerrita* no lo ha tenido ningún torero. Yo he procurado imitarle en todo lo que he podido.

—Hay que explicar lo que entiende usted por clasicismo en el toreo.

—Pues, hombre, el clasicismo es... lo bien hecho y *rematao*. Un torero clásico es el que sabe hacer y ejecuta una faena completa, conforme á las tradiciones de las buenas escuelas. Se puede dar un lance ó varios clásicos; mas para que una faena

sea clásica es necesario que todos sus lances ó suertes lo sean. ¿Se dan cinco pases, por ejemplo? Pues los cinco han de ser completos, *arremataos der tó*; pero si se dan dos de éstos y los demás no, la faena no es clásica, manque luego se le meta al toro la barriga en los pitones: sólo son clásicos aquellos dos pases. Los toreros clásicos son los que han hecho esas faenas inmortales de tarde en tarde, pero que ahí quedaron.»

Yo no sé si resultará clara esta explicación de *Gallito*, ni el juicio que merecerá á las demás escuelas filosóficas su teoría sobre el clasicismo en el toreo. Tal como él me la ha dictado, exactamente con sus mismas palabras, así la consigno. Lo importante es que él es clásico al ejecutar.

—El único torero—sigue diciendo él—á quien he visto torear clásico de capa ha sido Antonio Montes.

No creo necesario hacer la crítica de los muertos, ¿verdad? Están ya con Dios y no son cosa nuestra.

—Cierto. Hablemos de los de ahora. Es más interesante, más gallardo y más valiente. Capítulo primero. Los matadores:

«—De los matadores que yo he conocido, el que más me ha gustado es don Luis Mazzantini; pero como ya se ha ido de los toros, no hay para qué hablar de él. Era la misma verdad matando al volapié.

»De los de ahora, el *Algabeño* ha sido un matador de toros bueno, bueno. No hay que darle vueltas: sabe matar muy bien, pero muy bien.

»*Machaco* y *Pastor*, los dos espadas que ahora se disputan las preferencias del público, son dos matadores de cuerpo entero. Cada uno tiene su manera, que no se parece á ninguna otra. *Machaco* tiene un estilo alegre, vistoso, emocionante. El de

Vicente es otra cosa: un estilo serio, bueno de veras.

»Yo no quiero establecer comparaciones ni demostrar preferencias. Los dos me gustan mucho, y hablo juntamente de ellos porque hay que hacerlo así.

»*Machaquito* me ha llenado muchísimo. Quitando á Mazzantini es el que más me ha gustado. Ha tenido otra alegría para los públicos y mucha decisión. Es un torero á quien le han partido mucho los toros las pecheras de la camisa. Un *Frascueto* en miniatura; un martillo muy continuo; un reloj muy fijo, que, desde que echó á andar, no ha variado.

»Vicente Pastor llama la atención sólo hace dos ó tres años. Tiene, como dije antes, un estilo de matador de lo bueno, bueno.»

Al llegar aquí, algún apasionado muestra su disconformidad y saca á relucir la ya desterrada teoría del tranquillo-salto. Rafael protesta.

—¿Qué es eso de tranquillo? Cuando se llega con la mano al pelo, como hace Vicente, no hay tranquillo. Todo el que llega con la mano al morrillo es buen matador. Lo que hay es que cada estoqueador, como cada torero, tiene un estilo especial. Vicente ha cogido el suyo, y hay que ponerlo entre los buenos estilos. A mí es un matador que me gusta mucho, mucho, y quien niegue que es de los buenos, buenos, tan bueno como el mejor, ó le ciega la pasión, ó no sabe lo que se dice.

—Muy bien. Pero ahora nos ha resultado Pastor un torero. ¿Qué le parece á usted en este aspecto?

—Que es un torero en el estilo de *Frascueto*. Porque *Frascueto*, según lo que yo le oí contar á mi padre, era un torero bueno. Lo que hubo fué que le cogió con *Lagaritijo*... Vicente se defiende muy bien

toreando. Da, con los toros que le salen á su gusto, tres, cuatro ó cinco pases, completos y parados, superiores... Y matando, no se les olvide á ustedes: un matador de lo bueno entre lo mejor.

—Hablemos de los de la otra categoría.

—Pues, mire usted, *Quinito* es un torero de mucha dura. Puede estar toreando toda la vida. Es un torero muy sabio y un banderillero muy bueno.

Fuentes es un torero corto, pero todo lo que hace lo hace muy clásico. Banderilleando, ha sido para mí un fenómeno. Banderillea clásico; da dos ó tres pases de la misma escuela; torea derecho, estirado, elegante, artístico, sin mover más que la cintura; es buen matador.

Es el único torero de escuela que hoy queda. No hay quien mejore lo que él hace. Hay un quite exclusivamente suyo; en los lances de capa, es superior. Yo le admiro mucho, mucho, mucho.

*Bombita* es un torero poco clásico, pero hace mucho por los toros, tiene muy buenos arrestos y domina muchísimo con la muleta.

(El gallinero—¿no es este el nombre que le cuadra?—se alborota. Los incondicionales del *Gallo* ponen sus más y sus menos—mejor sus menos—á estas palabras de Rafael; pero éste les para los pies.)

—Desengañarse ustedes. Sin tener y ser algo, no se puede llegar á donde Ricardo ha llegado.

*Cocherito* es muy significativo (?) y muy seguro para las empresas. Es un buen torero, que apunta todo el toreo muy bien.

*Bienvenida* conoce todo el toreo. Como matador, es uno de los muchos que somos. Es un banderillero largo. El más largo de todos los banderilleros ha sido *Guerrita*; Fuentes, mucho más corto, ha sido clásico en el cambio; el único que ha cambiado de recho, sin abrir el compás... Manuel Mejías es un

banderillero que banderillea bien en todos los sitios. Es, además, un gran torero...

(Otra vez vuelve á alborotarse el gallinero. *Gallito* lo reduce al silencio.)

—No vayáis ustés á creeros que *Bienvenida* es un torero *asín asín*. No es clásico ni es creador, pero no tiene el toreo secretos para él. Todo lo intenta y todo lo hace bonito. Es torero más fino que *Bombita*, más conocedor y más largo banderillero. En cambio, Ricardo domina más con la muleta que él, que yo y que todos los toreros que hay en España. Se apodera más pronto de los toros...

—¿...?—¡Qué cómodo es esto de los puntitos y las interrogaciones cuando se escribe una interviú, ¿verdad?—¿...?

—Una cosa es apoderarse de los toros y otra torear. Nosotros toreamos de otro modo que él.

—Examinados ya los méritos de cada cual, y consignados palabra por palabra tal como usted me los dicta, ¿á quién le adjudicamos el número uno?

—Eso del número uno está por ver. Hoy por hoy, no lo tiene ninguno. Eso se tiene que discutir en uno ó dos años. Se está discutiendo entre cuatro ó cinco toreros. Hasta que no acabe el debate, no se puede decir nada... Y ¡gracias á Dios que se ha concluido esta corrida!

—¿Está usted loco? ¡Si todavía queda otro toro!

—¿Otro?

—Naturalmente. El más toro. Los toros, ¿cuáles prefiere usted?

—Todos. El torero debe torear todo lo que le echen, siendo de casta, claro está; lo mismo Muruves que Aleas, Saltillos y Peláez, Martínez, Miuras y Félix Gómez, Villagodios, Conchas, Carreros, ersétera, ersétera, ersétera. Para eso es matador de toros. ¿Que salen buenos y se arrancan bien? ¡Mag-

nífico! ¿Que no? Pues á sufrir con paciencia y á esperar que salga el bueno.

—Por ahí se cuenta que tiene usted superstición con algunos pelos, y que hay pintas que no las quiere usted ver ni envueltas en billetes de Banco.

—¡Historias! No ha visto usted hombre á quien se le atribuyan más cosas que á mí sin más razón que porque sí. Ni yo tengo esa superstición ni Cristo que lo fundó, ni á mí me preocupa que los toros sean andaluces, colmenareños, navarros ó salamanquinos.

Lo que hay es que, como yo no soy torero de café, sino de afición, me ocupo de las cosas del toreo, y sé cuáles son los pelos buenos de cada casta y cuáles los lunares, y, naturalmente, cuando voy á torear me preocupo de si hay encerrados toros de la pinta buena ó de la contraria. Así, me gustan los negros de Muruve, Santa Coloma y Parladé; los negros y cárdenos del Saltillo, única casta que, como la navarra de Zalduendo, conserva pura y sin cruces la sangre originaria; los barrocos y negros del duque y algunos berrendos; los negros y cárdenos de Olea, Adalid y Urcola...

—¿Y de Miura?

—De Miura es difícil elegir porque tiene todos los pelos y en todos de todo. A lo mejor sale un colorao difícilísimo y otra vez otro magnífico de la misma ropa, que parece Muruve. Dios no da con los pelos de Miura. Aquí está la esencia de todo. Lo mejor de lo mejor y lo más malo.

En la sangre saavedreña, lo malo son los castafios y los coloraos. Acaso haya nacido de aquí la leyenda de que yo tengo superstición con los pelos coloraos.

Los toros que me gustan como ningunos, por fá-

ciles de torear y bravos... quitando los que salen mansos, son los de Muruve.

—¿Y después?

—Como matador de toros, mi obligación es matarlos todos. ¿Se acabó?

—Se acabó.

\*  
\*\*

Esto es fielmente, *literalmente* reproducido, quiero hacerlo constar una vez más, cuando me ha dicho *Gallito*.

El ha dictado y yo he escrito, sin quitar ni añadir punto ni tilde.



"Gallito", en traje académico